

CRÍTICA DE ARTE

Antonio Mir: la luz mediterránea

Hace escasas fechas, un grupo de amigos regresaba de la India encantado de incorporar a su impenitente afán viajero un país que forma parte de la por algunos denominada 'Ruta de la Felicidad'. Intentaban descubrir el encanto de esos otros mundos que, aunque degradados por el subdesarrollo, obran el milagro de que la mayoría de sus habitantes conservan una desarrollada sonrisa.

Antonio Mir (Lorca, Murcia, 1950) llega a Brasil, otro país subdesarrollado pero también de abierta sonrisa, a la corta edad de ocho años en busca, al igual que miles de familias emigrantes, de un mejor vivir. La inmensidad del territorio le hace gozar de placeres pasajeros, precisamente por la privación material a la que se ven sometidos buena parte de sus habitantes.

Su gran estudio instalado en plena playa en Santa Catarina, al sur del inmenso país, le ha hecho sentir el sol, el aire y la exhuberante fuerza de la Naturaleza sobre la piel, a la vez que sirvió para

dinamizar su pintura. Ha luchado, asimismo, por movilizar la cultura autóctona provocando encuentros o exposiciones que dieron a conocer la labor de los artistas locales. Su obra ha integrado, en sus diversas etapas, la sensibilidad indígena por medio de imágenes donde bullen almas poseídas por ritmos afrobrasileños, cargados de una euforia espiritual que reconoce y valora la existencia y la capacidad individual para amar con indicadores culturales de corte más cosmopolita. Incorpora otras veces



Por
**Fátima
Otero Bouza**

las experiencias de Léger, o la realidad industrial en el proceso artístico con materiales como la hojalata, aluminio, hierro o acero inoxidable. Materiales con los que ha realizado enormes murales siguiendo la línea marcada por los grandes muralistas mejicanos.

Antaño su pintura era más material y más enérgica. Esta nueva etapa, calificada de mediterránea, presenta en la compostelana galería José Lorenzo la producción de un artista más sereno y menos carnavalesco. Las

pinceladas fluyen suaves, onduladas, en un grafismo que marea como pueden hacerlo las aguas de ese mar que da nombre a esta nueva fase. Sobre fondos neutros captados a esa hora del día en que el sol está en su cénit, se esparce la iconografía habitual de Antonio Mir, la aproximación a motivos tan mediterráneos como la reinterpretación de vasijas o ánforas de terracota con tanta impronta en las civilizaciones antiguas. Flores ingenuas, barcos o peces simpáticos en una disciplina sintetizadora del motivo, pero que no deja de existir, completan esta muestra.

Como argumentaba Machado, en este caso el artista es un pescador, no de peces, sino de cosas que pueden vivir después de pescadas. Los motivos siguen existiendo, cumpliendo sus funciones. Su deseo de luz ha hecho que los colores resulten frescos, con esa magia que experimentamos al ver aparecer el arco iris después de una jornada lluviosa. Todo ello hace que la exposición resulte joven y de alegre efecto visual.